

Cartas de Franziska Nietzsche a Franz e Ida Overbeck

Aquí comienza el viaje de Nietzsche por la noche eterna, y comienza también el relato de la madre en sus cartas a Overbeck, uno de los documentos más conmovedores de la historia del espíritu.

Stefan Zweig

Se sitúa en Turín, en los últimos días del año 1888, el conocido episodio según el cual Friedrich Nietzsche, abrazado a un caballo que estaba siendo maltratado por un cochero, se sume definitivamente en la demencia. Tenía cuarenta y cuatro años.

No se sabe con seguridad si el incidente es totalmente cierto. Sí lo es, en cambio, que Nietzsche protagonizó por entonces algunos casos que fueron calificados de «escándalo público», y, también, que entre los días tres y siete de enero algunos de sus amigos recibieron unas inquietantes misivas con delirantes frases firmadas por «El Crucificado», «El Anticristo» o «Dionisos». No obstante, sólo a Jacob Burkhardt, profesor de historia en Basilea, pareció extrañarle lo suficiente como para ir a contárselo a Franz Overbeck, profesor de teología en la misma universidad y amigo de ambos. De hecho, Overbeck era por entonces el mejor amigo de Nietzsche. Durante varios años habían sido compañeros en Basilea y, antes y después de la jubilación prematura de Nietzsche por problemas de salud en 1879, mantuvieron una intensa correspondencia que sólo se interrumpió con la demencia del filósofo.

El mismo día que Burkhardt informa a su compañero de la extraña carta de Nietzsche, el propio Overbeck recibe otra muy similar. Overbeck, consciente de que algo ocurre, se desplaza inmediatamente a Turín, adonde llega el día ocho, encontrando a Nietzsche fuera de sí, tan pronto leyendo con el rostro afligido, postrado en una esquina del sofá del cuarto donde se hospeda, como lanzándose hacia el piano para proclamar, cantando a voces, que es el sucesor de Dios que ha muerto.

Overbeck busca ayuda médica de urgencia y al día siguiente empaqueta las cosas de su amigo, paga los gastos pendientes y se lo lleva a Basilea, donde lo interna en un sanatorio. Es allí donde unos días después va a recogerlo Franziska Oehler Nietzsche, su madre. Franziska, que desea tener a su hijo más cerca, y a pesar de la oposición de Overbeck y de otros compañeros como el filólogo Jacob Mähly, que querían hacerse cargo de su amigo en Basilea, decide trasladarlo inmediatamente al hospital psiquiátrico de Jena, dirigido por el prestigioso doctor Otto Binswanger.

Es ese momento precisamente —el viaje en tren desde Basilea a Jena acompañados por Mähly y un enfermero— el que da comienzo a la correspondencia que Franziska mantuvo con Franz Overbeck y su esposa Ida. En mayo de 1890, Franziska, que unas semanas antes había alquilado una casa en Jena para estar junto a su hijo, sin esperar a la aprobación de los médicos y casi a escondidas, se lleva a Nietzsche a la casa familiar de Naumburgo para encargarse personalmente de su cuidado, con la única ayuda de su fiel criada Alwine y la muy esporádica, poco eficaz y siempre interesada de su hija Elisabeth, cuando esta, ya viuda del antisemita Förster, regrese de su aventura colonial en el Paraguay. En Naumburgo permanecerá Nietzsche hasta la muerte de su

madre en 1897, momento en que Elisabeth se lleva a su hermano a Weimar, a la casa en la que había instalado el Archivo Nietzsche, para, poco más menos, exhibirlo como una pieza de museo.

La correspondencia de Franziska con los Overbeck se prolongó durante más de ocho años, entre el 19 de enero de 1889 y principios de junio de 1897, pocos días antes de la muerte de Franziska. Esta envió al matrimonio Overbeck más de sesenta cartas en las que da cuenta puntual del estado de salud de su hijo, de su vida cotidiana y sus cuidados (Nietzsche apenas puede valerse por sí mismo desde que cae en la demencia y no deja de empeorar, hasta convertirse casi en un vegetal, en los once años que sobrevive a su locura), pero también de otros muchos asuntos, como sus apuros económicos –una de las razones de su abundante correspondencia con Overbeck era que el profesor de teología se encargaba de gestionar una pensión para Nietzsche de la Universidad de Basilea, renovable periódicamente, y sin la que no hubiera podido hacerse cargo de su hijo–, la suerte que corrieron los escritos todavía inéditos del filósofo o los manejos de Elisabeth, casi siempre disculpados por su madre, para apropiarse del legado de su hermano mediante la creación de un archivo en el que ella pudiera hacer y deshacer a su antojo.

A los duros años de la enfermedad de Nietzsche se refieren estas cartas de Franziska a los Overbeck. Inéditas la mayor parte en castellano y nunca publicadas hasta ahora como libro en nuestra lengua, las cartas se conservan en la Universidad de Basilea, institución a la que fueron legadas tras la muerte de Franz Overbeck*.

La correspondencia con los Overbeck no fue la única que mantuvo la viuda Nietzsche durante aquellos penosos años. La fama del filósofo empezó a crecer precisamente tras su enfermedad, lo que obligó a su madre y tutora a tomar importantes decisiones sobre la obra y la misma vida del que pronto se convertiría en uno de los pilares del pensamiento contemporáneo y, consecuentemente, a mantener una ingente correspondencia con los más variados personajes que querían acercarse al genio y aconsejar a la madre, algunos movidos por su amistad y buena voluntad, como el propio Overbeck, Paul Deussen o Heinrich Köselitz, más conocido como Peter Gast; otros, en cambio, tal vez atraídos por oscuros intereses, como el peculiar Julius Langbehn, quizá más vesánico que el propio Nietzsche, que se comprometió a tratar al filósofo «como al hijo de un rey» y a curarlo sólo con conversación. Las exigencias y las maneras de Langbehn comenzaron a ser tan disparatadas que Franziska, tal como revela ella misma en varias de las presentes cartas, tras un periodo de entusiasmo, llegó a sentir pánico ante los métodos del extraño individuo. Por fortuna, el propio Langbehn debió de asustarse de sus pretensiones porque al poco tiempo desapareció de sus vidas.

Lo primero que sorprende de lo que se cuenta en estas cartas es esa capacidad de una mujer de setenta años, sin apenas formación, para hacerse cargo prácticamente sola tanto de los cuidados materiales de su hijo, tremendamente exigentes, como de la adopción de trascendentales decisiones –algunas sin duda equivocadas– sobre el legado de Nietzsche.

Franziska Nietzsche, de soltera Oehler, había nacido en 1826 en Pobles, una pequeña localidad sajona. Hija de un pastor protestante, estaba destinada a ser la esposa de otro pastor, Karl Ludwig Nietzsche, párroco de Röcken, ciudad entonces perteneciente a Prusia pero muy cercana a Sajonia.

* Sólo conocemos una edición en alemán, la realizada por Erich F. Podach en 1937 bajo el título *Der kranke Nietzsche. Briefe seiner Mutter an Franz Overbeck*, Viena, Bermann-Fischer.

El padre de Nietzsche había sido preceptor de las princesas de la corte ducal de Altenburgo. Franziska menciona en estas cartas la ayuda económica que, después de tanto tiempo, aún le enviaba la princesa Teresa, una de las pupilas de su marido. Esta ayuda, junto a una pequeña pensión de viudedad, el alquiler de habitaciones y, desde la enfermedad de su hijo, la pensión de Basilea, eran su fuente de ingresos.

El pastor Nietzsche, a pesar de su buena posición en la corte y tal vez buscando el descanso que necesitaba para sus débiles nervios –algo que Franziska intenta aquí desmentir ante los diagnósticos que consideraban hereditaria la enfermedad de Nietzsche–, solicitó un destino al frente de la tranquila parroquia de Röcken. Allí, a la casa parroquial en la que también vivirán su suegra y dos cuñadas, se traslada Franziska, con sólo diecisiete años, tras casarse con el pastor en 1843. Allí también vienen al mundo sus tres hijos: el 15 de octubre de 1844 Friedrich Wilhelm, a quien su padre puso ese nombre por haber nacido el día del cumpleaños del rey Federico Guillermo IV; Elisabeth en 1846 y Joseph en 1848, que murió antes de cumplir los dos años.

Tras varios meses de enfermedad, muere en 1849 el padre de Nietzsche, supuestamente, según la versión que más tarde tejió Elisabeth, como consecuencia de una caída en las escaleras de casa. Unos meses después Franziska se traslada con sus dos hijos, su suegra y sus cuñadas a Naumburgo, ciudad en la que ya vivirá el resto de su vida.

En 1858 Nietzsche deja la casa de su madre, primero para estudiar en Pforta, Bonn y Leipzig; más tarde para impartir clases en Basilea y, una vez retirado definitivamente por enfermedad o durante sus frecuentes bajas anteriores, para seguir un peregrinaje (sobre todo por la Engadina suiza e Italia) que le valió el calificativo de filósofo errante. A Naumburgo, salvo breves estancias que siempre consideró desagradables y perjudiciales para su salud, no regresaría sino ya perdida la razón, cuando su madre –a la que por cierto Friedrich nunca trató muy amablemente, incluso con desprecio, al igual que a su hermana a la que consideraba entrometida y fastidiosa– decidió sacarlo del manicomio de Jena y llevárselo consigo, quién sabe si para darle el cariño que su hijo se había negado a recibir de ella durante sus años de lucidez.

La enfermedad de Nietzsche fue desde muy pronto tema de polémica y objeto de varios estudios. Tras la crisis final de Turín, los médicos diagnosticaron parálisis cerebral progresiva, la hermana habló de un derrame, la madre –y así lo dice una y otra vez en estas cartas– lo atribuía todo al cansancio y al desgaste mental que le provocaron la escritura de sus obras. También la herencia, así como la sífilis que el filósofo podría haber contraído de joven en un prostíbulo, fueron esgrimidas como posibles causas de su derrumbamiento nervioso. Lo cierto es que Nietzsche siempre estuvo delicado de salud. Ya desde muy joven empezó a padecer fuertes dolores de cabeza, problemas intestinales, dificultades de la visión y un persistente insomnio que combatía con cloral y veronal. Desde mediados de los años setenta interrumpió con frecuencia su labor docente en Basilea y en 1879 renunció definitivamente a su plaza.

Temas centrales de estas cartas son la evolución de la enfermedad mental de Nietzsche, su decadencia física paulatina y los cuidados constantes de su madre. Franziska lo baña, le da de comer, le lee su propia obra (especialmente el *Zaratustra*), le escucha pacientemente cuando aún es capaz de tocar algo al piano y le alienta a ello (aunque «en ningún caso Wagner»); le saca a dar paseos durante el día para que su estado físico no se deteriore y vigila su sueño por las noches.

Cuando comprueba que su hijo se ha dormido, aún tiene la suficiente fuerza de voluntad como para despachar la correspondencia pendiente e, incluso, para escribir unos recuerdos de su vida que, sin embargo, tiene que interrumpir muy pronto. También para leer, bastante escandalizada –ella siempre tan piadosa: «espantoso» *El Anticristo*–, las obras de su hijo, que nunca antes había siquiera hojeado, pues el propio Nietzsche se lo desaconsejaba al considerar que no podría comprenderlas.

Y en todo este tiempo Franziska procura a toda costa que la situación de su hijo pase lo más desapercibida posible, que no moleste a la gente con la que se cruzan en sus paseos, que no sea demasiado escandaloso (tiene que dejar de alquilar habitaciones por ese motivo) y que ella y su criada Alwine –además de los Overbeck, para los que *casi* no tiene secretos– sean los únicos que conozcan la verdadera situación de su pobre Fritz, que poco a poco va sumiéndose en un estado puramente vegetativo. No obstante, Franziska, a pesar de la evidencia y de la opinión de los médicos, conservará durante mucho tiempo la ciega esperanza de que su hijo se podría recuperar algún día.

Nietzsche sobrevivirá a su madre tres años. Muere en Weimar de una apoplejía el 25 de agosto de 1900, pero hacía mucho tiempo que ya no reconocía a nadie, que apenas se movía y que se había convertido en una atracción más del Archivo que llevaba su nombre. A su entierro no pudo asistir Overbeck, su gran amigo y confidente de su madre, ya que no pudieron localizarle al encontrarse fuera de Basilea. Franz Overbeck murió cinco años después, ignorado por Elisabeth y sus colaboradores del Archivo, que habían roto toda relación con el amigo del filósofo por ser uno de los pocos que se había enfrentado a sus manipulaciones.

También protagonista de estas cartas es la propia Elisabeth, cuya trayectoria puede seguirse en ellas de forma harto reveladora. En 1885 se casó con Bernhard Förster, profesor y agitador antisemita. Poco después se trasladaron a Paraguay, donde crearon una colonia, Nueva Germania, reservada a colonos de raza aria. La colonia no sólo resultó un fracaso, sino que, según denunció en un libro un ex colono, los Förster eran unos simples estafadores que vivían rodeados de lujo gracias a las inversiones ajenas. Bernhard Förster no pudo asumir el escándalo y se suicidó, y Elisabeth, tras varios viajes, regresó definitivamente a Alemania en 1893 para instalarse en Naumburgo junto a su madre y su hermano, aunque muy poco tiempo después abrió casa propia en la misma ciudad y, más tarde, en Weimar.

Según estas cartas y a pesar de la forma en que Franziska parece disculpar a su hija, desde el momento de su regreso quedó claro que Elisabeth no estaba muy dispuesta a colaborar en los cuidados de su hermano, pero sí a hacerse cargo de la gestión de sus obras, tanto de las inéditas como de las ya publicadas. Trató con sus editores –de los que consiguió que retiraran varias obras del mercado–, así como con Köselitz, Overbeck y otros antiguos amigos de Nietzsche, con todos los cuales acabó discutiendo y apartando de su camino; seleccionó colaboradores afines para trabajar en las nuevas ediciones y creó el Archivo Nietzsche con los escasos fondos de su madre para, al final, apropiarse de él con el objeto de hacer y deshacer a su antojo, manipulando las obras y la correspondencia del filósofo. Por supuesto, también escribió una biografía de su hermano, en la que interpretó a su modo o directamente falseó los acontecimientos como le pareció oportuno.

A pesar de todo, sólo en un par de ocasiones Franziska se queja ante Overbeck de la actitud de su hija: precisamente cuando se instituye como única responsable del

Archivo, haciéndole firmar a su madre un contrato más que confuso, y con ocasión de la biografía, sobre la que Franziska se pregunta si era necesaria tanta minuciosidad.

Elisabeth Förster-Nietzsche murió en 1935. Desde hacía años se había venido esforzando en convencer al mundo de que la obra de su hermano representaba el nuevo espíritu alemán encarnado por Hitler y su partido nacionalsocialista, los cuales, una vez llegados al poder, colmarían de honores a Elisabeth y financiarían el Archivo creado por ella. A su entierro asistieron las máximas autoridades del régimen.

En estas cartas habla Franziska también de otros temas y de otras personas que fueron importantes en los últimos años de vida del filósofo, aunque el propio interesado nunca llegara a saberlo: la publicación de la cuarta parte del *Zaratustra* y el miedo a los problemas legales que podía acarrear, las relaciones con los médicos, con el editor Naumann, con Gast, Langbehn, Lauterbach, Rodhe..., o con su familia, los Oehler, uno de los cuales, su sobrino Adalbert Oehler, que fue tutor subsidiario de Nietzsche durante un tiempo, escribió una biografía de Franziska; también, los mismos problemas surgidos con la tutela, o los agobios económicos, que siempre convierten en espera angustiada la llegada de noticias sobre la pensión concedida por los «buenos basileses».

Como fiel relato de la vida cotidiana, se convierten estas cartas, además, en un fresco de la época en las ciudades de Jena y Naumburgo: sus ferias y fiestas, sus establecimientos y cafés, sus parques y paseos, las visitas de la familia y de algunos amigos, las sesiones musicales al aire libre que Nietzsche, aun perdida la razón, escuchaba aparentemente con placer desde el mirador de la casa.

El estilo de Franziska –si de estilo puede calificarse– no es desde luego nada literario. Mujer sin apenas preparación intelectual, con la Biblia casi como única lectura y poco acostumbrada hasta entonces a expresarse por escrito, resulta a veces confusa y un tanto afectada, es minuciosa en las cosas más nimias, incurre en contradicciones y se repite con frecuencia.

Nada de esto, sin embargo, resta un ápice de interés a las cartas. Y es que estas constituyen ante todo, como con tanto acierto escribió en su día Stefan Zweig, uno de los documentos más conmovedores de la historia del espíritu, pues cuentan el esfuerzo de una madre por entregar sus últimos años de vida al cuidado de su hijo enfermo, por ofrecer un amor que ella nunca había recibido de su querido Fritz, aun a costa de decirle al mundo y decirse a sí misma piadosas mentiras; por encontrar en esa entrega, a toda costa, una justificación de su papel de madre, y poder sentir –como confiesa la propia Franziska en su última carta pocos días antes de morir– que su hijo seguía siendo su melancólica alegría.

Mariano Serrano Pascual